

LA "FLOTACIÓN DE LOS CONFLICTOS": DESDE AFGANISTÁN AL CUERNO DE ÁFRICA. EL ESTIGMA SOMALÍ

Ignacio Gutiérrez de Terán Gómez-Benita*

1. Preámbulo

El Cuerno de África conforma un enclave estratégico de gran importancia internacional –máxime si tomamos en cuenta la cercanía de la Península Arábiga y su imbricación con el Golfo de Adén. Como es bien sabido, en este ámbito territorial confluyen algunos de los índices de pobreza y desigualdad más elevados del mundo, así como situaciones de hambruna permanente que amenazan –y han hecho perecer- a millones de personas. También, persisten en él conflictos bélicos que podríamos llamar crónicos, los cuales, sin embargo, al igual que el estado perenne de crisis humanitaria, no son objeto de atención salvo en momentos puntuales. En concreto, la "inestabilidad" de Somalia desde 1991, con su pernicioso reflejo en los países vecinos, constituye uno de los ejemplos más relevantes de conflicto estructural crónico en todo el continente africano.

Bajo el membrete de lucha internacional contra el terrorismo, la política exterior de Estados Unidos y sus aliados locales y regionales ha perseguido cercenar el movimiento islámico radical. Éste, definido en modo un tanto generalizador como "yihadista", ha encontrado terreno abonado en determinadas áreas de África y Asia gracias, por un lado, a la fe de nutridos sectores sociales en las proclamas de reforma y rectitud de la doctrina islámica y, también, el efecto corrosivo de la estrategia de los gobiernos de turno y las presiones

* *Departamento de Estudios Árabes e Islámicos y Estudios Orientales, Universidad Autónoma de Madrid*

externas, reducidas con excesiva frecuencia a la normativa de la fuerza bruta. La incapacidad de los políticos occidentales en general y estadounidenses en particular, y no digamos ya de las elites gobernantes en estos estados, para establecer divisiones y matices dentro del "inmenso piélago" del movimiento de corte islamista o islámico ha promovido la radicalización de los elementos más reacios en primera instancia a la opción violenta al tiempo que ha animado las opciones más beligerantes. El para algunos "extraño" resurgir de los talibanes en Afganistán y la creciente exhibición de fuerza de los islamistas en Somalia, así como el empuje de sus correligionarios en otros países de la mitad oriental de África, deben ser explicados en parte en función de tales coordenadas

Esta breve exposición pretende abordar los componentes básicos del desfonde político, económico y social de la zona (apuntado ya en la comunicación del seminario del año pasado¹) en un contexto de disputa encarnizada por el control hegemónico. Entre tales componentes, ocupa un lugar destacado la lucha contra el terrorismo internacional y la radiación de lo que hemos dado en llamar "flotación de los conflictos". Se trata de un fenómeno asentado en el continente africano y Oriente Medio desde la invasión de Afganistán y remite a una planificación externa encaminada a fomentar conflictos circunscritos, en teoría, a un perímetro predeterminado pero que, con relativa facilidad terminan enquistándose. He ahí el caso, creemos y así hemos de ilustrar, de Afganistán, Iraq y Somalia.

2. Somalia, el estado desfondado

Como es bien sabido, el derrocamiento del presidente Siad Barre en 1991 marcó el fin del estado somalí y dejó el país expuesto a las guerras intestinas de los llamados "señores de la guerra". A pesar de las campañas de Naciones Unidas y el desembarco militar de los mismos Estados Unidos, Somalia entró en una espiral de violencia y desgarró hasta el punto de que el caos y la confusión se convirtieron en su santo y seña. A lo largo de la década de los noventa, dos regiones, Somalilandia y Puntlandia, ambas en el norte, se desligaron de la capital Mogadiscio. La primera, incluso, llegó a aprobar con posterioridad su propia constitución y vive *de facto* ajena a las deliberaciones y resoluciones del resto de Somalia; además, busca el reconocimiento internacional para consagrarse *de iure* como una entidad completamente independiente. En realidad, aquél es lo único que le resta para establecerse como estado de pleno derecho, pues cuenta ya con casi todos los requisitos, desde presidencia de

¹ Véase *Caos constructivo y crisis perenne del cuerno de África: el caso de Somalia*, <<http://www.ceid.edu.ar/biblioteca.html>>

república hasta fuerzas armadas. El segundo caso, el de Puntlandia, resulta más peculiar: sin llegar a los extremos secesionistas de su vecina septentrional Somalilandia ha avanzado en sus cuotas de autonomía de gobierno y mantiene un rumbo asimétrico con respecto al centro y sur de Somalia. Sin embargo, en ningún momento ha adoptado medidas concretas para formalizar una independencia verdadera; al contrario, políticos puntlandíes destacados como el propio Abdullahi Yusef, presidente de Somalia, han participado en los esfuerzos desplegados a lo largo de los últimos lustros por recomponer los visos de un sistema institucional estable, si bien los sectores somalíes nacionalistas acusan a los políticos puntlandíes de favorecer el plan de disgregación orquestado por Etiopía. Somalilandia, por el contrario, ha rehusado involucrarse de lleno en los congresos y encuentros auspiciados por estados vecinos en aras de la pacificación del país.

Por lo que hace al resto de Somalia, los territorios de la antigua colonia italiana permanecieron a lo largo de los noventa y buena parte de lo que llevamos de siglo XXI en manos de las milicias armadas. Cada una de éstas, por lo común diseñada en función de criterios de pertenencia tribal o regional, dominaba un área más o menos extensa y establecía alianzas coyunturales con otros señores de la guerra para contrarrestar el empuje de bandas rivales. Cabe resaltar que en fases diversas del conflicto no faltaron adalides locales que proclamaron entidades autónomas en esta o aquella región –v.g., Hasan Nur Shatigudud y su Ejército de Rahanwein en Gedo, en el sur, en 2002-, pero sin el éxito de Somalilandia y Puntlandia.

En este escenario de querellas intestinas, quizás haya sido el ejército privado de uno de estos *warlords*, Farah Aidid –célebre por sus enfrentamientos con los marines estadounidenses–, quien, en términos relativos, más cerca estuvo de alcanzar el poder hegemónico. Pudiera parecer inexplicable del denuedo de los líderes guerreros por monopolizar prebendas y beneficios que, a primera vista y a tenor de la pobreza extrema de las gentes y las tierras de Somalia, no debían de resultar suculentas. Lo mismo cabe decir del interés de los estados fronterizos, en especial Etiopía, Eritrea y, de otra manera, Yibuti, por marcar la estrategia de los actores internos y no digamos ya de la política exterior estadounidense, hasta el punto de que no resulta exagerado afirmar que en suelo somalí se está librando una pugna regional e internacional determinante para el futuro de la estabilidad mundial.

En torno a la importancia material de Somalia resaltemos la presencia de considerables bolsas de petróleo en sus tierras y aguas. Es cierto que sigue siendo un albur el volumen real de buena parte de estas reservas debido a la persistencia de las hostilidades bélicas y las anfractuosidades orográficas. Pero, durante los "años dorados" de

los señores de la guerra y, también, de los gobiernos transitorios auspiciados por ellos desde 2000, las contratas y permisos de explotación firmados por unos y otros con las multinacionales petrolíferas fueron moneda corriente. Esto, unido al apoyo externo y el suculento negocio del tráfico de armas, drogas o, en tiempos de la misión de la ONU, el contrabando de la ayuda humanitaria o las "tasas" extra aplicadas a los ciudadanos, permitió el enriquecimiento de estos señores de la guerra y sus séquitos, convertidos en el eje económico predominante.

Pero este estado de cosas se trastocó en 2006 a raíz de la caída de Mogadiscio en manos de los grupos armados de los Tribunales Islámicos. El derrumbe de la capital significa también el descalabro de los señores de la guerra más relevantes del momento, los cuales apenas habían tenido tiempo de poner en marcha su Alianza para la Restauración de la Paz y la Lucha Antiterrorista, coalición patrocinada por la Casa Blanca –aunque los portavoces de ésta reiteraran que no habían aportado ayuda material o logística a las bandas armadas contrarias a los islamistas. A partir de ese instante, Somalia entró en una nueva etapa: el caos y la indefinición de años anteriores dejó paso a un efímero periodo de gobierno islamista en la capital y zonas aledañas –por primera vez en mucho tiempo alguien tenía bajo su mando una amplia porción de terreno y trataba de instaurar un remedo de gobierno centralizado-. El fenómeno islamista fue descabezado a su vez por la intervención etíope de diciembre de 2006 en auxilio de las tropas del gobierno federal transitorio. Desde entonces, el ejército de Adis Abeba permanece acantonado en varias áreas del país y aporta el sostén principal al ejecutivo somalí, cuyo margen de maniobra en la Somalia italiana es poco menos que testimonial.

Las razones que explican la invasión etíope han sido expuestas con claridad por los dirigentes de Adis Abeba: Somalia se había convertido en un santuario de "terroristas islamistas", con activistas de al-Qaeda incluidos, y la corriente yihadista somalí amenazaba con desestabilizar toda la región incluida la propia Etiopía, en cuyas regiones orientales habita un número destacable de musulmanes de etnia somalí –algunos, en la región de Ogadén, por ejemplo, con reivindicaciones secesionistas de largo alcance. Además, estaba la intención de los dirigentes etíopes de evitar el estrangulamiento de un estado de tradición cristiana –el único en la zona en un contexto de creciente islamismo político intolerante-. Luego, los islamistas recalcaron su afán de reunificar el país y poner punto y final a la aventura de Somalilandia y Puntlandia, las cuales cuentan con el respaldo de Etiopía. Argumentos de este tipo tienen su razón de ser, pero deben adobarse con otros, vinculados con condicionantes geopolíticos, económicos y sociohistóricos.

3. La trascendencia regional del conflicto somalí

Para explicar, o tratar de hacerlo al menos, la pervivencia del conflicto bélico en Somalia y su perniciosa irradiación es preciso abordar una serie de circunstancias que han devenido, podríamos decir, estructurales.

a. La ambición hegemónica de Etiopía en el Cuerno de África:

Desde su independencia a principios de los sesenta, Somalia vivió su momento de máxima implantación regional durante la dictadura de Siyad Barre, a partir de 1969. Responsable de la militarización galopante del país y una visión pansomalista de la política exterior, sus intentos de dominar la zona condujeron al enfrentamiento inevitable con Etiopía. Ésta, a su vez, pretendía conservar su predio en la franja oriental del continente africano y hacer valer, entre otras cosas, su fortaleza demográfica y su condición de venero del gran recurso hidrológico del valle del Nilo. Si a esto se le unen los bandazos de las alianzas exteriores de Barre, primero con los soviéticos y, tras comprender la robusta naturaleza de los compromisos de éstos con el presidente etíope Mengitsu Hailé Marian (comandante de un golpe militar prosoviético en 1974), con los estadounidenses, así como sus continuas referencias a la "somalidad" de las regiones "arrebataadas" por Etiopía a Somalia, el conflicto estaba servido. Tras la derrota del ejército somalí en Ogadén, en 1978, debida en gran medida al sostén prestado por soviéticos y cubanos al ejército de Adis Abeba, los proyectos expansivos de Barre quedan finiquitados: además de la pérdida de su pulso con los etíopes, las tensiones clánicas y regionales afloraron con ímpetu así como las facciones armadas opuestas al poder despótico de Mogadiscio, en especial en la actual Somalilandia.

En esencia, la estrategia seguida por Etiopía a lo largo de las últimas décadas ha consistido en desactivar cualquier proyecto de estado somalí robusto. El desarrollo de un programa pansomalista, ciertamente atractivo a ojos de muchos militares somalíes, despertaba y despierta las suspicacias de otros estados como Kenia, donde habita un número considerable de somalíes. Además, la irrupción del radicalismo islámico y la creciente infiltración de grupos armados vinculados con al-Qaeda, aunque sea desde el punto de vista yihadista programático, ha elevado el nivel de tensión en los estados vecinos. Este empeño etíope explica en parte el fracaso de los esfuerzos desplegados desde dentro y fuera de Somalia por recomponer la estructura institucional del país. Por supuesto, no ha sido el principal obstáculo: las divergencias tribales y las ambiciones

de los señores de la guerra han desempeñado el papel protagonista en esta tragicomedia que ha sido el derrumbe y colapso del estado somalí. Pero sí ha contribuido a exacerbar tales divergencias y a evitar el dominio absoluto de una facción armada sobre las demás. A la par, ha vigorizado la posición de las regiones secesionistas. Y todo esto se puede apreciar con notoriedad en la intervención armada etíope de 2006 contra las milicias de los Tribunales Islámicos, bendecida por Estados Unidos en nombre de la lucha internacional contra el terrorismo.

b. La disputa "interpuesta" entre Etiopía y Eritrea

A pesar de que ambos países firmaron la paz en 2000, tras un nuevo conflicto fronterizo, la guerra, si bien por otros medios, no ha cesado. Rehén al igual que buena parte del continente africano del calamitoso proceso de descolonización y los intereses particulares de las potencias occidentales, las relaciones eritreo-etíopes han sufrido una degradación progresiva. Desde su costosa segregación, Eritrea ha buscado componer un contrapeso a los planes hegemónicos de Etiopía. Aplazada, por imperativos geoestratégicos, la posibilidad de un nuevo enfrentamiento bélico directo, las disputas bilaterales se han centrado en ámbitos "neutrales" y propicios para este tipo de pendencias. Hemos de recurrir al paralelismo, inevitable, con los expedientes de Afganistán y sobre todo Iraq porque las semejanzas entre los dos países asiáticos y el africano son variadas. La desaparición de un mínimo de orden institucional y la fragmentación arbitraria de los ámbitos de poder (señores de la guerra locales, pseudoadministraciones locales de corte tribal, confesional o étnico, tierras de nadie, etc.) han permitido a los estados rivales de la región hacer de Somalia un escenario *ad hoc* para dirimir sus diferendos particulares. Ya que los etíopes han gozado desde hace más tiempo de contactos y sólidos basamentos en Somalia, la iniciativa en este aspecto les ha correspondido a ellos. Primero, a través de sus contactos con las organizaciones contrarias a Barre en Somalilandia y otros lugares; después, aliándose con determinados señores de la guerra y, por último, auxiliando a los gobiernos y parlamentos transitorios establecidos en la ciudad de Baidoa. Eritrea, aplicando la conocida fórmula en este tipo de combates de ocupar el espacio que el rival ha dejado libre, ha optado por asistir con mayor o menor entusiasmo a los grupos étnicos somalíes opuestos al poder central en las regiones de mayoría somalí en Etiopía y, de forma más relevante, a las formaciones islámicas dispuestas a someter a los señores de la guerra y, por naturaleza, acérrimamente hostiles a Etiopía.

Pero lo anterior no implica un islamismo militante por parte de Eritrea a imagen y semejanza del gobierno sudanés. Ciertamente es que alberga un porcentaje de población musulmana ligeramente superior al de cristianos; y fue precisamente en las regiones musulmanas donde con mayor fuerza estalló la guerra de secesión contra la dominación etíope. Empero, debe recordarse el enojo de Eritrea con Sudán por las supuestas maniobras de éste de propagar su ideario religioso hacia el flanco oriental, así como las peticiones constantes del presidente Isaiás Afewerki a Estados Unidos para que asiente en su suelo una base militar, otra más, en la región del Mar Rojo. En cierta medida, la competencia de eritreos y etíopes por hacerse con el favor en exclusiva de los estadounidenses –carrera en la que por el momento parecen tener clara ventaja los etíopes– recuerda la disputa librada por los dirigentes marxistas y socialistas de Somalia y Etiopía en pos del monopolio del afecto soviético. Entonces y ahora resulta indudable que el mayor peso específico regional de Etiopía resulta determinante. La cobertura ofrecida por Washington al despliegue del ejército etíope en Somalia confirma la sospecha de que Etiopía se ha convertido en su principal valedor en el Cuerno de África. Sin embargo, Eritrea sigue teniendo su atractivo para la política estadounidense y disfruta, a la vez, de un margen de acción no desdeñable, como queda evidenciado por el resurgimiento de los grupos islamistas, los cuales, bajo palio eritreo, están poniendo en jaque a las tropas etíopes en varios puntos del sur.

Asimismo, el tira y afloja de etíopes y eritreos en Somalia encuentra explicación en la geografía. Tras la pérdida de Eritrea, su única salida al Mar Rojo, Adis Abeba consiguió el libre acceso a los puertos de Asab y Masawa. Sin embargo, el enfrentamiento fronterizo por el Triángulo de Yirga, finiquitado en 2000, puso en un brete el contenido de los acuerdos bilaterales. La máxima obsesión de Etiopía desde entonces ha sido hallar una opción marítima duradera y estable que no pasara por Eritrea. De ahí la simpatía mostrada hacia la causa de Somalilandia y los proyectos de reforzar las comunicaciones ferroviarias y por carretera con ésta y sobre todo con Yibuti. Todo ello, unido al personalismo de los dos presidentes, Meles Zenawi, en Etiopía y el citado Afewerki en Eritrea, que dominan la escena interna desde hace lustros, ilustran el encono de la disputa bilateral y su plasmación dentro de Somalia. Todo ello explica también el entusiasmo con que uno y otro asisten a los grupos opositores a la capital rival.

c. El factor tribal y étnico africano

Buena parte de las turbulencias sociales en numerosos países africanos guarda relación con la abigarrada composición étnica y

tribal. Esto vale lo mismo para Etiopía que para Sudán o el trágico exponente de Ruanda. En otros sitios es la dicotomía religiosa entre dos o más grandes comunidades lo que constituye un foco de tensión permanente. Ahí está el caso de Nigeria y las suspicacias entre el norte musulmán y el sur cristiano. De Somalia se ha dicho siempre que es una de las sociedades más homogénea del África subsahariana desde el punto de vista étnico y religioso. Ahora bien, la maldición del país ha sido su polifonía de tribus y clanes y la constitución de un poder central y regional ceñido a patrones de preferencias tribales.

Por lo general, la inexistencia de estados fuertes y provistos de legitimidad histórica dificulta la superación de las diferencias tribales, confesionales o étnicas. Al no haber una referencia común a todos los ciudadanos, emplazada por encima de las inquinas raciales, religiosas o de otro tipo, el tejido social tiende al desgarramiento y a conformarse en bloques desgajados y propensos a la colisión. Más aún, las prácticas de poder de algunos regímenes africanos no sólo no han propendido a disipar los celos y suspicacias sino que se han dedicado de forma sistemática a favorecer a determinados grupos y facciones en perjuicio del resto. Así lo hizo la dictadura de Barre y así se ha venido reproduciendo desde 1991, con mayor intensidad si cabe desde la incursión etíope. Lo curioso del asunto es que estados musulmanes en los que las contradicciones étnicas, tribales o religiosas no habían rebasado nunca ciertas cotas de tensión máxima están ahora al borde del estallido. Entre otras razones, porque el componente confesional o racial se ha impuesto a cualquier otra consideración. La flotación del conflicto en Iraq, por ejemplo, donde se ha procedido a conciencia los cimientos de un estado robusto, las rencillas intercomunitarias han alcanzado límites insospechados.

d. El auge del islamismo radical

Embarcados como estamos desde hace un tiempo en la guerra sin cuartel contra el "terrorismo internacional", muchos no han podido o no han querido reparar en la evidencia de que la campaña emprendida con armas y bagajes desde 2001 ha propiciado la aparición de innumerables grupúsculos y organizaciones de corte islamista en los países de mayoría musulmana. Además, ha galvanizado a ciertos sectores de las comunidades musulmanas en Europa y otros lares, permitiendo que las doctrinas salafistas se expandan con una mayor rapidez. Otra vez la teoría de la flotación – provocar una situación de tensión y esperar a ver cómo se desarrollan "ciertos" acontecimientos- ha dado lugar a una situación aberrante. Países como Iraq donde las organizaciones islamistas, sobre todo las sunníes, tenían un protagonismo menor se han convertido en santuario de los grupos más violentos y sanguinarios,

como al-Qaeda. Con tal de poner fin a un sistema dictatorial y despótico –pero de tendencia laica- se ha "flotado" la ambivalencia de las agrupaciones islamistas chiíes, simplemente por el hecho de que junto con el nacionalismo kurdo suponían la única alternativa accesible. Conclusión: debido al "caos controlado" vigente en buena parte de Iraq, que incentiva el progreso de formaciones y políticos islamistas, la antigua Mesopotamia se ha convertido en uno de los lugares más islamizados de todo Oriente Medio. Basta pasear por ciudades como Basora o la misma Bagdad para comprobar la emergencia del factor religioso; o repasar los currículos de muchos líderes políticos iraquíes. En Afganistán, el gobierno, restringido como el iraquí a una porción mínima de territorio, hace gala de un fervor religioso incompatible con aquellas proclamas de secularismo aventadas por la ocupación estadounidense.

Es tal la situación de paradoja que, gracias a la campaña contra el terrorismo islámico, ahora tenemos a al-Qaeda y demás engendros doctrinales y orgánicos en parajes donde antes no estaban o apenas disfrutaban de popularidad. Los dirigentes de aquélla gustan de decir con mayor o menor contundencia que la reacción bélica a escala global de Estados Unidos y la hostilidad de sus medios de comunicación han contribuido a expandir su fama en los países musulmanes, tradicionalmente receptivos a cualquier alarde de antiamericanismo. Por supuesto, algo similar ha ocurrido en Somalia: la invasión etíope parecía haber borrado a los islamistas pero hoy, dos años después, nos hallamos ante un panorama desconcertante: las milicias de muyahidines campan a sus anchas en zonas del centro y del sur, imponen la *shari`a* aquí y allá y se permiten tomar por la fuerza ciudades como la meridional Kismaayo, la tercera del país (agosto de 2008). Los soldados etíopes apenas si pueden abandonar sus cuarteles y coordinar sus labores de patrulla con el maltrecho ejército del gobierno somalí; mientras, las fuerzas de interposición africana no tienen capacidad para remediar el conflicto. La popularidad de los islamistas, que se han convertido en almocadenes de la lucha de liberación nacional, sigue ganando enteros frente a los señores de la guerra (anclados, además de en su colusión con los etíopes, en el desmán y la corrupción) y ni los ataques aéreos estadounidenses ni las propuestas de paz y mediación de la ONU y los estados africanos han sido capaces de aliviar la maltrecha situación.

Resultado: recrudecimiento de los enfrentamientos armados por doquier, caos y destrucción en casi todo el país, hambruna, áreas controladas por los insurgentes, incursiones indiscriminadas de Estados Unidos contra objetivos de todo tipo, esclerosis de los sectores económicos básicos, agricultura y ganadería, retorno a las prácticas organizadas del contrabando, tráfico de armas y drogas y piratería... y las fuerzas etíopes que no saben cómo ni cuándo abandonar el país ni a quién recurrir para que envíe más tropas ni

qué hacer con los efectivos de seguridad locales adiestrados por ellos. En fin, un guión ya conocido: ¿no les suena a Afganistán, por ejemplo?

Otra consecuencia perniciosa –y parece que nadie tomó nota en su debido momento del precedente nefasto de Argelia en 1990– es que la contumacia de la campaña bélica contra el terrorismo ha puesto fuera de circulación a las corrientes islamistas moderadas propensas al diálogo y reacias al rigorismo ciego de sus compadres más desafortunados. En Somalia, lo mismo que antes en Afganistán e Iraq con los estadounidenses, la irrupción armada etíope colocó en un mismo saco a todas las corrientes islamistas sin tener en cuenta la disparidad de criterios y prioridades de unos y otros, dentro incluso de los Tribunales Islámicos. Sólo cuando se comprendió, como en Afganistán e Iraq, que su política reduccionista no les salía rentable se procedió a contactar con los círculos más moderados. De ahí nacieron una serie de negociaciones en Yibuti y otros sitios para apaciguar la situación interna. En una de ellas, en junio de 2008, la llamada Alianza para la Liberación de Somalia, formada por agrupaciones laicas y una sección de los Tribunales Islámicos, acordó con el gobierno somalí el cese de las hostilidades. Este acuerdo, sin embargo, originó tensiones sin cuento en el seno de las formaciones islamistas y una, *Harakat Shabab al-Muyahidin* ("Movimiento de Jóvenes Combatientes") rehusó detener sus acciones contra los etíopes y el gobierno federal. Más tarde, en agosto de 2008, los principales ulemas somalíes convocaron una reunión de todos los representantes del islam político para solventar las tensiones existentes entre los pactistas, representados por el jeque Hasan Sharif Ahmad (dirigente de los Tribunales Islámicos a la llegada de los etíopes y tenido por hombre de consenso) y los partidarios de la lucha sin tregua contra los etíopes, comandados por Dahir Aweis (referente de la facción armada de los Tribunales). Resultado: los doctores en la fe religiosa dieron su respaldo a Aweis, resaltaron el deber de luchar contra los ocupantes y declararon nula la representatividad de Sharif Ahmad, que por aquel entonces estaba en Yibuti... negociando con el gobierno afecto a los etíopes.

En conclusión, la estrategia estadounidense desplegada por manos etíopes ha radicalizado al máximo la escena islamista somalí y ha encumbrado a facciones como *Harakat Shabab al-Muyahidin*, cuyo líder anterior se encuentra, por cierto, detenido en Guantánamo. La gran paradoja resultante de la apuesta estadounidense por intervenir *manu militari* y armar a los gobiernos aliados, de escasas credenciales democráticas por lo general, allá donde se sospeche esté al-Qaeda o cualquier organización similar, es que las milicias islamistas se han convertido, en Somalia al menos, en referentes del movimiento nacional de liberación contra la ocupación extranjera. De este modo, en su lista de prioridades programáticas, la lucha armada en pos de la independencia comparte protagonismo, si es que no la

supera, con la aplicación de la Ley islámica o la guerra a muerte contra los "infiel", la "abyección moral" "o cualquiera de las categorías retóricas de sus manifiestos. Esta aureola patriótica desvirtúa la condición de internacionalistas de los islamistas africanos y asiáticos y, unido a las exacciones de los ocupantes y sus asesinatos indiscriminados, ayuda a engrosar sus filas con un flujo constante de voluntarios, los cuales dirigen sus iras, con la misma intensidad, contra el gobierno y la policía locales. Y así, sin un sostén interno estable y robusto, como es fácil de imaginar, ni los estadounidenses en Iraq y Afganistán ni los etíopes en Somalia tienen grandes oportunidades de triunfo.

4. Reflaciones de la estrategia de la flotación

Hasta ahora, hemos intentado de manera tangencial exponer los efectos de la teoría de la flotación del conflicto en los tres países donde Estados Unidos ha intervenido militarmente, directa o por medios interpuestos, en nombre de la lucha contra el terrorismo islamista. En varios sentidos, el desarrollo de los acontecimientos registrado en todos ellos ha seguido una pauta similar. En ningún momento una estrategia basada en la indefinición puede reportar beneficios a la economía, seguridad y estabilidad institucional, tres de los apartados donde la teoría de la flotación se ha mostrado más eficaz a la hora de evitar cualquier regeneración. Veamos con mayor detalle alguno de estos aspectos:

a. La degradación económica: para perplejidad de propios y extraños, la ocupación estadounidense de Iraq de Iraq y Afganistán no ha redundado en una mejora de la situación económica, ni de la macro ni mucho menos de la micro. Corridos ya en su desfachatez, los responsables estadounidenses en Iraq se limitan a establecer comparaciones, en este apartado y el de la seguridad, con los primeros años de la ocupación. Renuncian así a cumplir sus proclamas de vísperas de la invasión de mejorar los números de los "dorados" años ochenta de Iraq, cuando el petróleo respaldó su chupinazo económico (y por desgracia, armamentístico también). Ni siquiera están en condiciones de igualar los desastrosos índices de los noventa y principio del S. XXI cuando el embargo feroz decretado por Naciones Unidas. Los porcentajes de producción y exportación de petróleo y otras materias primas son insuficientes y no se deben en esencia, como aduce la ocupación, a los ataques insurgentes. El número de ciudadanos que carece de agua corriente, electricidad y servicios mínimos supera los peores registros de la ignominiosa etapa del embargo y el mercado de trabajo, salvo en el sector de la seguridad, no avanza. Por otro lado, la corrupción ha alcanzado niveles de plusmarca internacional y han convertido la empresa

pública y privada iraquí en una inmensa cloaca. La teoría de la flotación tiene esas cosas: para favorecer que los diversos factores incompatibles no entorpezcan demasiado los objetivos primeros de la ocupación hay que crear una posibilidad real de venalidad para que una minoría medre gracias a la ocupación y establezca, aun de forma inconsciente, una relación de dependencia con ésta. En cuanto a Somalia, baste decir que si en Iraq no pocos sostienen que con Saddam Husein se vivía mejor allí abundan los nostálgicos de la breve etapa islamista e, incluso, la dictadura de Barre. Hoy en día, diez millones de personas no tienen nada que llevarse a la boca en el Cuerno de África, según datos de Naciones Unidas.

b. La degradación social: quizás estemos ante el producto más infame e indignante de la maquinaria criminal de la ocupación, ya que el principal lema que la alentó en los tres países fue promover la seguridad de los ciudadanos del país en cuestión y la región y el mundo en general. En Afganistán, Iraq y Somalia, los toques de queda oficiales u oficiosos son moneda corriente, lo mismo que el libre albedrío del crimen organizado y los señores de la guerra. Es curioso comprobar cómo en todos ellos (la zona verde en Bagdad, el sector exclusivo en Kabul y la ciudad de Baidoa en Somalia) los gobiernos locales implantados por la ocupación apenas dominan una porción del país y carecen de potestad incluso para mantener bien atados a sus representantes en las zonas periféricas, por no hablar de su nula influencia sobre las múltiples facciones ajenas a él que buscan su provecho particular en el maremágnum del cosmos engendrado por la ocupación. Mordidas, tasas extraoficiales, robos, atentados, colegios cerrados (porque no tienen ventanas o pupitres o porque no hay forma de que las muchachas y los muchachos vayan a clase sin que nadie los atosigue), soldados ocupantes despóticos y homicidas, policías corruptos, etc... Una larga lista de desmanes que provocan frustración e impelen al ciudadano a buscar refugio en su clan, tribu o confesión. En Somalia y Afganistán, donde pocas riquezas naturales hay a la vista para recompensar a los aliados internos, se fomenta desde la tónica de la flotación el cultivo y contrabando de drogas o armas y toda una red de prácticas delictivas toleradas o simplemente obviadas por el poder.

c. El estrago institucional: en los tres casos, la potencia ocupante ha emprendido un plan de acción serio y fundamentado para restablecer las instituciones y restañar el poder del estado central. Al contrario, para debilitar cualquier atisbo de lo anterior ha promovido las opciones federales y el control local de las milicias afines. Únicamente ha mostrado cierto celo en acelerar y blindar el traspaso de competencias en materia de seguridad para reducir el impacto de la estrategia de la flotación y el mismo hecho de la ocupación en sus filas. Se ha conseguido que los insurgentes (ex baazistas, nacionalistas, islamistas, etc.,) en Iraq, los talibanes en Afganistán y los islamistas en Somalia se ceban en los inexpertos

ejércitos y policías locales (con lo que se contribuye a la vez a dar la impresión de que el asunto va de guerra civil) pero no han podido evitar que, con todo, la ocupación siga sufriendo ataques directos. La enervación de los poderes centrales ha dejado al descubierto, otrosí, la incapacidad de los invasores para hallar interlocutores fiables con la insurgencia. Si en un principio estadounidenses y etíopes se negaban a cualquier contacto con la resistencia ahora que quieren no disponen de acólitos domésticos que quieran o puedan realizar la gestión. Sólo en Iraq las barbaridades y excesos de al-Qaeda y salafistas consanguíneos en las regiones sunníes han auspiciado los llamados comités de *al-sahwa* o el renacer, milicias tribales armadas por la ocupación que han conseguido detener que no eliminar la marea islamista. Pero esto último se debe a los comportamientos propios de los radicales internacionalistas, más pendientes de aplicar la Ley islámica según su estricta visión y perseguir a los chiíes y a los sunníes escasamente "piadosos" (es decir, a casi todo el mundo) que a combatir de forma directa a la ocupación. En Afganistán o Somalia, donde la prioridad sigue siendo oponerse al ejército extranjero, la popularidad de los islamistas les ha permitido ocupar y mantener amplios territorios.

d. La inestabilidad regional: pues no podía ser de otra manera, la incertidumbre de la situación interna de estos países favorece 1) la intervención a discreción de las potencias vecinas 2) la conversión del territorio en flotación en un campo de batalla regional e internacional 3) difusión de la doctrina armamentística, la corrupción y el deterioro económico. En esto último desempeña una función destacada el constante flujo de emigrados y desplazados. Si se toma en consideración que millones de personas han salido en los últimos años tanto de Iraq como de Afganistán y Somalia y se han asentado en los países del entorno nos podremos hacer una visión global del problema. Los números son millonarios en Siria y Jordania con los desplazados iraquíes, en Irán y Pakistán con los afganos o en Yemen, Kenia y la misma Etiopía con los somalíes. Si se añade que casi todos los países receptores sufren condiciones económicas lamentables (Etiopía padece según la ONU, en septiembre de 2008, la crisis alimentaria más acuciante del mundo ¿qué hará su gobierno gastándose millones de euros en mantener una ocupación militar?) disponemos de un fresco tan nítido como desalentador de una estrategia de intervención que, además de enriquecer a un puñado de oligarcas y políticos sin escrúpulos, ha expandido el caos, la pobreza, el asco... y el odio.